

[LIBROS] CONTEMPORÁNEOS

GABRIELA
SAIDON
CARTAS
QUEMADAS



GALERNA

[Libros] **Contemporáneos**

Cartas quemadas

[Libros] **Contemporáneos**

Gabriela
Saidon
**Cartas
quemadas**



GALERNA

Índice

primera parte zapatos rojos de taco aguja

lady di

será que la lluvia

falta la parte

con tu pollera tableada

pero la primera vez

insilio

donde doblan los vientos

amor, imposible

nuestro nudo

tu gata

ay, las hétero

toco la almohadita

cómo podés ser tan fría

digo la convivencia

Anina

el juego de las confesiones

segunda parte dragones rosas y árboles azules

emprender vuelo

extimidad

cama afuera

tango

transmundo dragón

hoy una traición

tenora

tu monólogo

tu poema, esquiva

lamo el círculo plástico

además

punto energético

lo que no se quemó

segunda persona del singular

esa que también soy

Gabriela Saidon

Cartas quemadas / Gabriela Saidon. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Galerna, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-556-913-7

1. Novelas. 2. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A863

© 2022, Gabriela Saidon

©2022, RCP S.A.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopias, sin permiso previo del editor y/o autor.

ISBN 978-950-556-913-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Diseño de la colección: Pablo Alarcón | Cerúleo

Diagramación del interior y de tapa: Pablo Alarcón | Cerúleo

Foto de tapa: Gettyimages - lucydphoto

Foto de contratapa: Carlos Aguilar Uriarte

Primera edición en formato digital: octubre de 2022

Versión: 1.0

Digitalización: Proyecto 451

Para todas las Génesis y Simonas.
Para quienes exploran las formas posibles del amor.
Para quienes aman la ficción.

Ella sería fluida toda la vida.
La araña, Clarice Lispector

He was a she.
Orlando, Virginia Woolf

Pero lo que me ha estremecido
Hasta perder casi el sentido
Lo que a mí más me ha estremecido
Son tus ojitos, mi hija, son tus ojitos divinos.
Mujeres, Silvio Rodríguez

primera parte

zapatos rojos de taco aguja

*Chove chuva
Chove sem parar (...)
Pra chuva parar de molhar
O meu divino amor
Que é muito lindo
É mais que o infinito
É puro e belo
Inocente como a flor (...)
Chove Chuva, Jorge Ben Jor (1963)*

lady di

La noche en que murió Lady Di celebramos mi cumpleaños en el restaurante chino de Córdoba y Gascón. ¿O debería decir la noche en que mataron a Lady Di? Vos te habías pedido arroz con langostinos. Yo, un chop suey con hongo chino y champignon.

¿Querés probar?, te pregunté, y te alcancé uno de esos hongos carnosos negros que me encantaban.

Lo agarraste entre los dientes y lo apretaste con la lengua contra el paladar, como si quisieras sacarle todo el jugo. Una puntita del hongo se asomó entre tus labios y cerraste los ojos, simulando placer. Entonces me di cuenta de que te habías maquillado; pestañas, labios, algo de rubor en las mejillas, como a veces lo hacías en el colegio.

Rico, dijiste, y me ofreciste un langostino de tu chow fan.

¿Tomamos champagne?, te pregunté antes, por las dudas.

Obvio que tomo champagne, dijiste, desafiante, tus ojos azules con ese veteado marrón que los atraviesa. El subtexto lo entendí, y agradecí: ya no soy una nena.

Afuera llovía. Como siempre en Santa Rosa.

Nos enteramos del choque fatal en el túnel por el televisor colgado en un rincón, entre la pared y el techo,

cerca de una de esas lámparas chinas tubulares rojas, con flecos de hilos colgantes, que despedía una luz amarillenta. Entonces nos sentamos una al lado de la otra, para ver la pantalla, lejos del resto de las personas, todas indiferentes a lo que pasaba tan lejos, en el verano boreal. No lo podíamos creer. Diana tenía mi edad. Lejos de e la familia real que la había maltratado tanto, se la veía feliz con su nuevo amor, pero quién sabe ¿no?, era el tipo de comentarios que hacíamos en voz baja. Y entonces, se moría. Un horrible final para la princesa.

Qué vida de mierda, dije.

Yo estaba furiosa: me habían dejado afuera de la fiesta de compromiso.

¿Fiesta de compromiso? ¿Hay gente que se compromete en 1997?, preguntaste cuando te llamé desesperada y te dije:

Te invito a mi cumpleaños, rubia. ¿O tenés algo?

¿Quién más va?

Me había costado llamarte, me costó responder a tu pregunta. Tragué saliva, conté uno, dos, tres, y dije:

Vamos a estar las dos solas.

Era una movida jugada. Tenía miedo. Vos, 18; yo, 36. Voy a usar una frase hecha: te doblaba en edad.

Estuve horas eligiendo la ropa. Al final, me decidí por el vestido negro corto, ajustado, zapatos rojos de taco aguja; eso sí: piloto. Por suerte, vos no optaste por los jeans, algo que me hubiera dejado en evidencia. Pollera y remera ajustada, borcegos. Una mejor elección para la lluvia. Salvo, la campera de jean.

¿Te acordás ahora? Dijiste: Claro que voy. Te hago la gamba, profe. Hasta tengo un regalo para vos.

Después, mucho después, me preguntaste:

¿Qué cambió?

Eras tan linda. Sos. Eras la chica más linda del colegio, lejos. Siempre vas a ser. Y entiendo que no entiendas que eso no me alcanza.

¿Y yo?

Vos eras la profe más canchera de todas. Yo quería ser como vos.

La yema de tu dedo acaricia esa superficie lisa y redonda como una tapita acolchonada. Todo es suave e intenso al mismo tiempo y me decís:

¿Ves? Este es tu punto G.

O dijiste: Punto, G.

Si fui yo la que un día escribí:

Entonces prefiero soltar.

Si yo puse el punto ¿final?

Pero: ¿cuándo termina una historia?

¿Cuándo termina un amor?

¿Existe el punto G?

Llovía es inexacto. El verbo no alcanza para expresar que una tormenta de todos los demonios se había abatido esa noche sobre Buenos Aires. Pruebo, busco palabras, modos de decir lo mismo, o algo distinto: llovía a cántaros, caía una lluvia torrencial. En la tele, mataban (o morían) a Lady Di. En la calle, el vendaval. Nosotras, protegidas en un restaurante chino del que, pasada la medianoche, ya no sabían cómo decirnos que nos fuéramos. Habían dado vuelta las sillas sobre las mesas y hasta montaron un

karaoke en el fondo del salón donde, por vez, desafinaban en chino, sin importar. No nos ofrecieron participar: era una invitación a retirarnos. La velita de la minitorta que llevé languidecía triste al lado de esa ceremonia ruidosa pero también íntima y familiar. Hasta la tormenta había amainado (¿es posible no caer en lugares comunes al hablar del clima?)

El regalo era un libro: *El loro de Flaubert*, de Julian Barnes. Un capítulo de esa novela disparó el comienzo de la novela que escribo. Aunque tardé en darme cuenta.

Al final, nos fuimos. Ya estaban apagando las luces, había cesado el karaoke. Hubo un chasquido de metales cuando, en la vereda, por las dudas y al unísono, abrimos los paraguas. Con la corrida se me despegó un taco, quedé rengueando, el taco en la mano. ¿Por qué se llama aguja, porque pincha?, preguntaste, tocaste, hiciste la mímica del pinchazo en el dedo. Nos reímos y vos agitaste la melena. Era como si toda la vida hubieses tenido el pelo ajustado en un rodete y de pronto lo desataras. De hecho, en las clases, usabas ese rodete tirante, como de bailarina. El beso fue en la comisura de los labios.

El punto G vino después. Añares. Pero antes de la pregunta:

¿Qué cambió?

Todo, mi amor, todo cambió.

será que la lluvia

¿Qué somos?, te pregunté aquella tarde de primavera. Dibujabas corazones en el vidrio empañado de la ventana de un bar de Belgrano; tu perfil conservaba los rasgos adolescentes tantos años después; la frente, apoyada en el marco de madera. Tan cliché. Afuera, también, llovía.

¿Será que la lluvia marcó el ritmo de nuestros encuentros? ¿O será una marca del recuerdo?

¿Cómo nos definimos?, te pregunté.

¿Vos y yo?

Ajá.

Mmmm, pensaste, me miraste y:

Podríamos decir que curtimos, dijiste.

No te pregunté si querías decir que esa era la versión para el afuera (cuando habíamos quedado en mantener el vínculo en secreto), aunque sonaba así. O porque quisiste decir lo que quisiste decir.

Curtimos.

Sí, claro, eso hacemos, no somos.

No dijiste, entonces, somos un curte. Eso fue después, cuando sentiste que había que definir, sustantivar. Pero no sé si lo vivías así o fue una definición a demanda, una

respuesta veloz y calculada al mismo tiempo. Tal vez la tenías preparada, lista para usar cuando yo preguntara.

De todos modos, yo venía con el discurso de estar siendo. De no ser definitiva.

¿Qué es lo que define tu identidad sexual?, te había preguntado (no creo haber usado esas palabras, pero más o menos).

La práctica, dijiste.

Como teoría no me convenció. Fue más una invitación: practiquemos.

Practicamos.

No me alcanzaba, claro, con gustarte.

Por *wasap* te pregunté (por *wasap* me envalentonaba, y vos también, y casi que había que largar el celular porque quemaba. ¿O había que quemar el celular?):

¿Qué te gusta de mí?

Tus piernas, dijiste, y no sé qué más.

No te lo dije (jamás lo hubiera hecho entonces), pero no me alcanzaba con curtir, gustarte, ser la que necesitabas para borrar las cicatrices de tu separación. Si tenías las heridas abiertas, vamos.

Tenías que arder por mí. Disolverte. E-na-mo-rar-te. ¿Y yo?

Y yo, eso. Nada, o no sé.

Esa tarde lluviosa de primavera en el bar o acaso en el restaurante chino, te hablé de mi síndrome de Cenicienta. Dijiste: no es verdad, no tenés el síndrome de Cenicienta. Es otra cosa. ¿O cómo nombrar el miedo? Entonces fue cuando quedó el emoji del zapato rojo con taco aguja para siempre.

Me habías preguntado por qué aguja. Porque pincha. La aguja pincha para enfermar o para curar, lastima pero también cose, remienda, arregla los géneros rotos. Dos